



*La
más bella
del
Reino*

LA MÁS BELLA
DEL REINO
UNA HISTORIA DE LA
REINA MALVADA

POR SERENA VALENTINO

LIBROS 

Adaptación parcial de la obra maestra de Walt Disney,
Blancanieves y los siete enanitos

© 2019 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-9951-923-4

Depósito legal: B. 17.107-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

PÉTALOS DE ROSA, BESOS Y PASTEL

Los manzanos en el patio del castillo florecían con los más delicados pétalos rosados y resplandecían con ornamentos plateados que reflejaban el brillo del sol.

Guirnaldas de glicinias y gardenias colgaban sobre el pozo de piedra al pie de la gran escalera del castillo, que había sido cubierta con rosales de pétalos rojos y rosas. Un centenar de sirvientes, ataviados con las más finas prendas de color azul marino, ribeteadas con adornos plateados, se situaron a lo largo de la puerta principal del castillo, listos para recibir a los invitados a la boda real, quienes ahora comenzaban a distribuirse en el patio. Era como si el mundo entero estuviera congregado cerca del antiguo pozo, a la espera de ver a la nueva esposa del rey, una distinguida belleza, que parecía salir, como por arte de magia, de una leyenda o un mito, la hermosa hija del reconocido fabricante de espejos. El patio esta-

ba repleto con los regentes de los reinos vecinos, todos esperando a que empezara la ceremonia.



La reina se quedó sola en su habitación, mirando su reflejo en el espejo, que le devolvía una mirada nerviosa. Ninguna mujer podía cambiar su vida de forma tan drástica y no esperar cierto nivel de ansiedad. Ella iba a casarse con el hombre que amaba, con lo que se convertiría en una madre para su hija, y, además, sería la reina de esas tierras. Reina. Debería estar feliz, pero algo en el espejo que estaba sosteniendo la llenaba de una sensación horrible de terror que no podía explicar.

Verona, la dama de compañía de la reina, se aclaró la garganta para anunciar su presencia e irrumpió en el aposento. Los ojos brillantes de Verona, del color del cielo, rebosaban de felicidad. La dama de compañía brillaba con una luz que parecía venir directamente de su interior, que le iluminaba la piel clara y se reflejaba en su cabello del color de la leche y la miel.

La reina sonrió débilmente mientras Verona la abrazaba. La reina nunca había estado rodeada de tanta belleza. Tampoco había conocido la felicidad. No hasta que llegó a esa corte. Y ahora, aquí estaba una mujer a la que amaba como a una hermana.

Pétalos de rosa, besos y pastel

Blancanieves siguió a Verona dentro de la habitación de la reina. Era una criatura encantadora de tres o cuatro años, de paso alegre y con una chispa inextinguible de felicidad en los ojos. Su piel era más hermosa que una prístina nevada; sus diminutos labios, más rojos que el rubí profundo; su cabello, tan negro como las plumas de un cuervo. Parecía una muñeca de delicada porcelana que hubiera cobrado vida, sobre todo en el día de hoy en su pequeño vestido de seda y terciopelo rojo.

Verona sostuvo la pequeña mano de Blancanieves, esperando desalentar a la niña de jugar con las cuentas de su delicado vestido.

—Blancanieves, querida, deja de tirar de las cuentas, arruinarás tu vestido antes de que la boda comience.

La reina sonrió y dijo:

—Hola, mi bonito pajarillo. Estás preciosa hoy.

Blancanieves se sonrojó y se escondió detrás de las faldas de Verona, mirando a escondidas a su madrastra.

—¿Acaso tu nueva madre no está muy guapa hoy, Blancanieves? —dijo Verona.

Blancanieves asintió con la cabeza.

—Entonces, díselo, querida. —Verona la persuadía mientras se inclinaba sonriendo ante la tímida niña.

—También estás muy guapa, mami —dijo Blancanieves, con lo que derritió el corazón de la reina.



La reina abrió los brazos hacia la niña y, con el suave empuje de Verona, Blancanieves avanzó para aceptar el abrazo. Blancanieves era una criatura tan encantadora que cautivó el alma de su madrastra, como si la belleza de la niña la hiriera profundamente. Cuando sostuvo a Blancanieves en brazos, estaba llena de un amor que nunca había conocido. Pensó que el peso de ese amor podría causar que su corazón estallara, y en un lugar secreto, enterrado en lo más profundo, deseaba que de alguna manera pudiera absorber la belleza de esa niña. Así, ella misma sería verdaderamente hermosa.

—Estáis maravillosa, mi reina —dijo Verona, sonriendo deliberadamente, como si hubiera visto el corazón inseguro de la reina.

La reina volvió a examinarse en el espejo y entonces reconoció algo de su madre que la miraba detrás de ella. Recordó de nuevo el día que el rey le había hablado sobre su parecido. Tal vez tenía razón. Era posible que siempre se hubiera parecido a su madre, pero nunca lo había visto antes de este momento, de pie con el vestido de novia que su madre había llevado en su boda.

El vestido era de color rojo profundo, y de alguna manera los años no habían hecho nada para extinguir su brillo. Esta-

Pétalos de rosa, besos y pastel

ba bordado con un diseño lujoso de mirlos y engalanado con cristales negros ahumados que brillaban en la luz.

El corazón de la reina dio un salto y rápidamente se hundió. ¡Qué maravilloso habría sido tener a su madre ahí con ella ese día! ¡Qué maravilloso habría sido que la acompañara!

La reina conocía a su madre solo por la pintura que decoraba la casa de su padre. Cuando era una niña iba a mirarla con fijeza, asombrada de la belleza de aquella mujer, profundamente enamorada de ella y anhelando su abrazo. Podía imaginar a esa madre que nunca conoció cogiéndola en brazos, riendo, para bailar en círculos, mientras las joyas que adornaban sus vestidos capturaban la luz.

La reina salió de su ensimismamiento para mirar a Blancanieves, que estaba jugando con las borlas de las cortinas en el otro extremo de la habitación. A pesar de toda la alegría en sus ojos y su corazón, la reina conocía los sentimientos de pérdida de la pobre niña. Debía de haber un vacío dentro de la pequeña, un sentimiento inconsolable.

La reina frunció el ceño, sabiendo que no había nada que ella pudiera hacer para reemplazar a la primera esposa del rey. ¿Cómo podría Blancanieves amar a otra mujer tanto como ella misma ansiaba a su propia madre?

¿Cómo, en especial, podía interesarse en alguien como la reina, cuya vida hasta ahora había sido, en el mejor de los

casos, una serie de logros mediocres rodeados por el aburrimiento y la desolación?

Mientras la niña jugaba y Verona la atendía, la mente de la reina se alejó aún más, hasta el día en que conoció al rey en la tienda de espejos de su padre. La reputación de su padre como artesano experto se había vuelto tan grande, y su artesanía tan respetada, que el propio rey sintió que era su deber visitar al que era considerado el mejor artesano de todas las tierras.

Después de examinar las mercancías y ser obsequiado con un espejo, el rey fue conducido afuera, donde la hija del mercader había ido a llenar un cubo de agua en un viejo pozo. El rey ordenó a sus asistentes que se detuvieran.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó.

—La hija del fabricante de espejos, señor —respondió un ayudante.

El rey se dirigió a ella y le cogió la mano. Ella abrió la boca y dejó caer el balde a sus pies, con lo que empapó las botas del rey: el agua le llegó hasta las medias.

La muchacha levantó la vista con nerviosismo, esperando una dura reprimenda, tal vez incluso el encarcelamiento en las mazmorras reales. Sin embargo, él se limitó a sonreír. Y luego le habló.

Ella pensó que se burlaba cuando le dijo lo bella que era. De todas las creaciones de su padre, ella era la más hermosa.

Pétalos de rosa, besos y pastel

—Por favor, no me digáis esas cosas, Majestad —dijo torpemente, haciendo algo parecido a una reverencia y un arco mientras se esforzaba por evitar mirar sus ojos azul claro.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Debes de ser la mujer más bonita en esta tierra. No, sin duda eres la más bella de todas las tierras que he conocido. No es de extrañar que tu padre haga espejos para reflejar tu belleza.

La muchacha se esforzó por no mirar a la cara al hombre que gobernaba sobre todo el reino, incluso sobre el viejo pozo al que había ido a buscar agua.

Entonces, tan rápido como había llegado se marchó. Cuando se animó a salir, prometió que volvería pronto. La muchacha estaba desconcertada y confundida. ¿Cómo podía el rey haber sentido algo por ella? De todas las doncellas de la tierra. Ella.

El padre de la reina sonrió.

—Está claro que lo has encantado, hija —dijo mientras la muchacha miraba a la escolta del rey desaparecer, pues descendió por debajo de una colina, solo para reaparecer en la siguiente pendiente, aparentemente más pequeña y sin duda más lejana.

Esa noche, ella se sentó en su pequeño cuarto de huéspedes, mirando por la ventana el cielo moteado de estrellas. ¿Podría el rey estar pensando en ella esa noche? Meditó mien-

tras observaba las estrellas, imaginando a su madre mirándola desde lo alto, volando a través de la oscuridad, donde las joyas de su vestido reluciente la camuflaban entre el manto de luces celestes que brillaban en el cielo nocturno. Se imaginó que volaba junto a su madre contemplando la muerte de los soles y viendo a otros que estallaban a la vida. Estaba rodeada de polvo de estrellas luminosas, flotando en la oscuridad salpicada de brillante iridiscencia. Fue el recuerdo del rey lo que la trajo de vuelta a su humilde habitación.

Estaba segura de que no iba a volver a verlo. Poco después de la partida del rey, la muchacha sufrió una nueva pérdida: la muerte de su padre.

En los días posteriores, la vida se impregnó de luz. Era como si al dejar ese mundo él se hubiera llevado toda la oscuridad y solo hubiera dejado un lugar donde ella sería capaz de encontrar, si no el amor y la felicidad, al menos algo más de lo que había tenido hasta ese momento.

El día en que murió su padre, antes de que la noticia hubiera llegado al rey o a alguien más en la región, la muchacha llevó cada uno de sus espejos hacia la luz. Colgó los más pequeños de un árbol de arce gigante en sus jardines. Era admirable. Los espejos se balanceaban en la brisa, capturaban la luz del sol y reflejaban las más magníficas e inusuales formas. Rayos y rayos de luz danzaban sobre las hojas de arce. Refle-

Pétalos de rosa, besos y pastel

jos, como diminutos duendes juguetones, señalaban la casa y los jardines.

Pronto, los viajeros de todos los rincones del reino fueron a ver el hermoso homenaje que hacía a su padre. Incluso el rey.

—Tus ojos resplandecen en la luz de los espejos de tu padre —dijo el rey, de pie bajo un sol deslumbrante.

La brillante luz refulgía en sus ojos y los tornaba de un color caramelo claro. El rey le dijo que era encantadora. El miedo se apoderó de ella. Encantadora. ¿Y si su belleza fuera solo eso, como su padre había dicho, un encantamiento? ¿Debía engañar a ese hombre tan amable y cariñoso? ¿O era posible que ella realmente poseyera algún tipo de belleza?

El rey dirigió sus pasos hacia la casa, y ella, insegura de qué hacer, lo siguió.

—¿Eres tú? —preguntó el rey, mirando un retrato colgado en la pared, la única decoración en la estancia de la pequeña casa.

—Esa era mi madre, señor. Nunca la conocí.

—El parecido es asombroso

—Me gustaría ser tan hermosa como ella.

—Eres casi exactamente como ella. Deberías verlo.

La muchacha miró el retrato con admiración, deseando que sus palabras fueran sinceras, pero incapaz de tomarlas

como algo más que la adulación de alguien que debía de necesitar de ella. ¿Tal vez la finca de su padre? ¿Los espejos restantes? Fuera lo que fuese, lo que el rey quería no podía ser ella.

Pero con el tiempo, y tras muchas visitas, pareció que ella era todo lo que el rey quería. Su vida comenzó a parecer un sueño: luminosa, etérea e impresionante. El pueblo del rey la abrazó. Alrededor de fogatas acompañadas de la melodía del arpa de un juglar, todo el reino, y aún más allá, cantó sobre la hermosa hija del reconocido fabricante de espejos que había robado el corazón del rey.



Verona interrumpió los pensamientos de la reina y la llevó de vuelta al presente.

—La corte, en realidad, el reino, está lleno de multitudes que desean ver a su nueva reina. Sería mejor emprender nuestro camino.

La reina sonrió.

—Qué bonito trío haremos caminando en procesión —comentó mientras cogía a Verona y a Blancanieves de la mano y se dirigía a la celebración de la boda.

Verona no había exagerado. En el exterior del castillo había muchísima gente, y la reina pudo verlo a través de las pe-

Pétalos de rosa, besos y pastel

queñas ventanas que salpicaban la pared mientras bajaba una escalera en espiral. Entre la multitud, reconoció al tío más querido del rey, Marcus, que alcanzó a verla a través de la ventana y le sonrió.

Marcus era un hombre grande, descuidado y de aspecto alegre. La reina recordó que su esposa, Vivian, había caído enferma recientemente. Y, sin embargo, él estaba allí por su sobrino. Estaba de pie, con su querido amigo, el cazador de la corte, un hombre guapo, fornido, de ojos, cabello y barba oscuros. Había reyes y consortes de todas partes. Y tres primas del rey que vestían de manera peculiar y permanecían muy cerca. Sonrieron al unísono e inclinaron sus cabezas cuidadosamente, como si fueran una sola. La reina observó su comportamiento extraño al pasar por otra ventana, que tenía la forma de una enorme letra X.

Todo el castillo fue cálidamente iluminado con velas, radiantes y etéreas, que evocaban las imágenes de la fiesta favorita de la reina, el solsticio de invierno. Había tantas velas encendidas que la habitación se notaba caliente. Demasiado caliente. El rostro de la reina se ruborizó y la cabeza le daba vueltas. El corazón le latía con fuerza mientras caminaba por el pasillo hacia su rey. Él esperaba cerca del viejo pozo, el cual había ordenado que movieran de la casa del fabricante de espejos hacia el patio del castillo. Así po-

dría recordar siempre el lugar donde vio por primera vez a la reina.

Con la ayuda de Verona, la reina se mantuvo firme y centró su atención en su rey, que sonreía de forma radiante. Era muy guapo, pero lo era aún más con su atuendo formal, su cabello oscuro y sus ojos pálidos. Su reluciente espada colgaba a su lado, y sus botas altas brillaban con la luz de las velas.

La reina se sentía como si flotara en un sueño. Mujeres con las caras pintadas de blanco como hojas de papel y mejillas y labios del color de las rosas rojas la miraron con atención cuando pasó junto a ellas. En lugar de intentar leer la expresión de sus rostros, enfocó su atención en su futuro esposo.

Con toda seguridad, las mujeres estarían sonriendo de forma condescendiente mientras ella pasaba, algunas de ellas con pequeños ramilletes de jazmín en las manos; el aroma era embriagador y un poco asfixiante. No solo estarían celosas de su matrimonio, sino que también podrían pensar: «¿Por qué ella? De todas las damas del reino, ¿por qué esta plebeya?». Habría susurros acusándola de encantamiento y ojos perversos maldiciéndola.

Por fin llegó hasta el rey, que estaba junto al pozo y la cogió de la mano. Tal vez sintió un mareo y cómo se le doblaban las rodillas. Sin embargo, su corazón finalmente frenó su gol-

Pétalos de rosa, besos y pastel

peteo y se calmó cuando ella lo miró a los ojos. La ceremonia comenzó. Verona y Blancanieves estaban de pie a un lado. El oficiante se acercó. El rey y la reina intercambiaron palabras de amor, promesas, anillos y, finalmente, un beso.

Felicidad.



La multitud estalló en vítores y, si el rey no la hubiera sostenido, la reina se habría derrumbado. Hubo una ráfaga y después una lluvia de pétalos de flores rosas iluminados por los rayos de luz que entraban por los vitrales de la ventana y emitían un encanto sobrenatural, sobre todo en el castillo. Enamorada. Hermosa. Reina.

Cada una de las personas con las que se encontró mencionó su belleza. Ella trató de no dejar que sus elogios la confundieran. Pero cuando pensaba en ellos, sentía que su ya de por sí mareada cabeza tenía vértigo. El día giró rápidamente en una neblina rosada. Su mano debió de haber sido besada miles de veces, y ella nunca había bailado tanto en toda su vida, ni siquiera con su nana cuando era una niña.

Oh, nana. Cómo deseaba que estuviera ahí para que la viera. Recordó algo que nana le había dicho en la cocina de su padre una mañana soleada mientras comía fresas con nata.

—Eres hermosa, querida, de verdad. No lo olvides nunca, incluso si no estoy aquí para recordártelo.

—¿No estarás aquí? ¿Adónde irás?

—A bailar con tu madre en el cielo, querida. Un día te unirás a nosotras, aunque pasarán muchos años antes de que eso suceda.

—¡No, nana, quédate aquí y baila conmigo ahora! No quiero que te vayas. ¡Nunca jamás!

Entonces bailaban, giraban en círculos, reían y disfrutaban del sol que entraba por las ventanas. Esa era una de las muchas maneras en que nana alentaba su espíritu con fresas, nata y baile.

Ella debía hacer pronto lo mismo con Blancanieves. Ese pensamiento la hizo sentir radiante y protegida. Sería feliz con el rey y su niña, delicada y hermosa como una pequeña flor. Haría de la niña su propia hija y la amaría. Le diría lo hermosa que era todos los días de su vida, y reirían y bailarían juntas como madre e hija. Ellas serían madre e hija.

Se acercó al borde de la pista de baile, donde Blancanieves y Verona estaban de pie viendo a los caballeros y damas bailar en círculos, como flores flotantes en una encantadora brisa de verano. Levantó a la niña, la cogió en brazos y la llevó hacia el colorido remolino que formaban los vestidos de las damas. Bailó con la pequeña, la acercó a su pecho y sintió esa

Pétalos de rosa, besos y pastel

oleada de amor otra vez, mientras danzaban en lo que parecía ser un jardín vivo de color y sonido.

El rey se unió a ellas, y la nueva familia rio hasta tempranas horas de la madrugada, mucho después de que los últimos invitados se marcharan o se retiraran a sus habitaciones en el castillo.

Agotados y mareados después de muchas horas de banquete y danza, el rey y la reina llevaron a la niña dormida a su aposento.

—Buenas noches, pajarillo —dijo la reina besando a Blancanieves.

La reina sintió la mejilla de la pequeña suave como la seda en los labios. Dejó a la pequeña con sus sueños, que seguro que estaban llenos de damas bellas que giraban en círculos, vestidos de colores y estandartes que se arremolinaban a su alrededor.

El rey cogió a su nueva esposa de la mano y la llevó a su habitación. El sol, que ahora se filtraba a través de las cortinas, emitía un resplandor sobrenatural. Se quedaron un momento mirándose el uno al otro.

Felicidad.

—Veo que has abierto mi regalo —dijo el rey mientras miraba el espejo.

El espejo tenía forma ovalada y estaba bellamente adorna-

do; era dorado, con diseños serpenteantes en todo su perímetro, y estaba coronado con el grabado de un tocado apto para una reina. Era casi perfecto. No obstante, algo le hizo sentir esa misma inquietud que la había sacudido antes de la ceremonia. Notó una opresión en el pecho y de repente la habitación le pareció un confinamiento opresivo.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó el rey.

La reina intentó hablar, pero no pudo.

—¿No te ha gustado? —le preguntó abatido.

—No, mi amor, es... Solo estoy... cansada. Muy cansada —murmuró al fin. Sin embargo, no podía alejar los ojos del espejo.

El rey la cogió por los hombros y la atrajo hacia él para besarla.

—Por supuesto que estás agotada, mi amor. Ha sido un día infinitamente largo.

Ella le devolvió el beso, tratando de desterrar todo el miedo de su corazón.

Estaba enamorada.

Felicidad.

No permitiría que nada arruinara ese día.